

Panorama general: *Perspectivas económicas mundiales*

La edición de este año de *Perspectivas económicas mundiales* nos muestra a la economía mundial en una encrucijada. Los mercados de todo el mundo están inmersos en una crisis económica general: las bolsas de valores registran caídas pronunciadas y mucha volatilidad, mientras que los tipos de cambio y las primas de riesgo de una amplia variedad de instrumentos de deuda han aumentado 600 puntos básicos o más. Luego de varios años de incrementos, los mercados de productos básicos también han llegado al final de un ciclo. Los precios se han desplomado y, si bien se mantienen muy por encima de los niveles del decenio de 1990, han perdido buena parte de los aumentos de los últimos 24 meses.

En el Capítulo 1 del presente informe se analizan las consecuencias a mediano plazo que esta crisis traerá aparejadas para el crecimiento de los países en desarrollo, la inflación y el comercio mundial. En el Capítulo 2 se abordan las perspectivas a largo plazo de la oferta y la demanda en los mercados de productos básicos. Aquí se consideran las posibilidades de crecimiento a largo plazo de los países en desarrollo y su creciente participación en el producto interno bruto (PIB) mundial, la calidad decreciente de los nuevos conjuntos de recursos y la influencia de la tecnología en la oferta y la demanda. Por último, en el Capítulo 3 se examina la eficacia de las políticas de países productores y consumidores a la hora de enfrentar los desafíos planteados por los episodios periódicos de aumento de los precios de los productos básicos.

En este informe no se habla del agua, ni de los peces, ni de la madera, productos básicos de vital importancia para los países en desarrollo y el mundo en general que quedan fuera del alcance de esta publicación debido a su característica de bienes públicos o porque se han abordado en un informe reciente, como en el caso de la madera (Banco Mundial, 2007).

La crisis financiera mundial pone en peligro las perspectivas a corto plazo de los países en desarrollo

La crisis bancaria que se desató en septiembre de 2008, después de más de un año de conmociones financieras menos graves, reforzó en gran medida la desaceleración cíclica que

venía produciéndose. Luego de que muchos bancos e instituciones financieras de los Estados Unidos, Europa y el mundo en desarrollo se declararon insolventes, las condiciones financieras se volvieron más estrictas, los flujos de capital destinados a países en desarrollo se contrajeron y enormes montos provenientes de la capitalización bursátil se evaporaron.

La crisis comenzó en los países de ingreso alto, pero luego también llegó a los países en desarrollo. A principios de noviembre, los mercados de capital de los países en desarrollo habían perdido prácticamente todas las ganancias obtenidas desde el comienzo de 2008, y las ofertas públicas iniciales habían desaparecido. Las primas de riesgo, que habían subido a más de 800 puntos básicos para los bonos soberanos y a 1.000 puntos básicos en el caso de la deuda comercial, comenzaban a descender pero aún se mantenían muy por encima de los 500 puntos básicos en todas las regiones en desarrollo. Puesto que los bonos de empresas privadas habían sido una de las fuentes más importantes de financiamiento para los países en desarrollo, estos acontecimientos anticipan una pronunciada desaceleración del crecimiento de la inversión en estos países. El financiamiento bancario y los flujos de inversión extranjera directa también cayeron, pero de manera menos pronunciada. El mayor nivel de volatilidad y pérdidas registrado en el sector bancario ha llevado a los inversionistas de todo el mundo a vender acciones e incrementar sus tenencias de activos de menos riesgo, particularmente los bonos del Tesoro de los Estados Unidos. En consecuencia, las monedas de prácticamente todos los países en desarrollo del mundo se han depreciado en relación con el dólar estadounidense.

Tras una serie de medidas adoptadas por los bancos centrales y los gobiernos para resolver el creciente problema de la crisis mediante inyecciones de liquidez y varias medidas específicas, los encargados de la formulación de las políticas han respondido enérgicamente para recuperar la confianza en el sistema bancario internacional. Esta respuesta incluye la nacionalización parcial de nueve bancos y la utilización de billones de dólares estadounidenses en planes de rescate aplicados por gobiernos de los Estados Unidos y Europa, así como reuniones multilaterales recientes para

resolver las deficiencias de la arquitectura financiera mundial. Aún es muy pronto para juzgar la eficacia de estas medidas (este documento se terminó de redactar el 20 de noviembre de 2008), pero constituyen el tipo de soluciones creíbles y contundentes que se necesitaban: las tasas de los préstamos interbancarios bajaron considerablemente y, si bien continúan mostrando signos de volatilidad, los mercados de acciones y valores han recibido esta noticia favorablemente.

Pese a estas medidas, las perspectivas de crecimiento para los países de ingreso alto y en desarrollo se deterioraron considerablemente y no se puede descartar la posibilidad de que se produzca una recesión mundial muy severa.

Incluso antes de que se desatara completamente la crisis financiera en septiembre de 2008, el crecimiento mundial daba signos de debilitamiento. El crecimiento económico se desaceleró notablemente en Europa, Japón y muchos países en desarrollo durante el segundo trimestre de 2008. En los Estados Unidos, las continuas alteraciones que sufrieron los mercados financieros y el descenso de los precios de la vivienda hicieron que la demanda cayera en seis de los últimos 12 trimestres. Sin embargo, el fuerte crecimiento de las exportaciones —impulsado, en parte, por la demanda de importaciones de los países en desarrollo— evitó que la economía estadounidense entrara en recesión hasta que el PIB nacional bajó un 0,5% en el tercer trimestre de 2008. En los países en desarrollo, el crecimiento general del PIB también se mantuvo sólido durante el primer semestre del año. Pero el menor crecimiento de los países de ingreso alto y la disminución de las entradas de capital, junto con las pérdidas en el ingreso real ocasionadas por los precios de los productos básicos, generaron una pronunciada desaceleración en la producción industrial, la inversión y el comercio internacional a partir del tercer trimestre.

Al mismo tiempo, el aumento del precio de los productos básicos y la limitada capacidad de muchos países (tras años de gozar de un crecimiento muy rápido impulsado por la amplia liquidez) hicieron que en todo el mundo aumentaran la inflación general —aproximadamente 5 puntos porcentuales en los

países en desarrollo— y la inflación básica. Un menor crecimiento y la caída de los precios de los productos básicos deberían aliviar las presiones inflacionarias. No obstante, las significativas pérdidas del ingreso real que sufrieron muchas personas de los países en desarrollo y el persistente estado de sobrecalentamiento de algunas de sus economías podrían generar nuevas rondas de aumentos de precios que harían subir la inflación aún más o estabilizarían las expectativas en niveles elevados.

Se prevé que la combinación de un primer semestre relativamente sólido y un segundo semestre mucho más débil hará desacelerar el crecimiento del PIB al 1,3% en los países de ingreso alto y al 6,3% en los países en desarrollo en 2008. Según las previsiones, este descenso del crecimiento se intensificará en 2009 porque la mayor parte de los efectos secundarios de la crisis bancaria en la economía real se sentirán en los últimos meses de 2008 y los primeros dos trimestres de 2009.

El principal mecanismo de la desaceleración en ambos grupos de países será la inversión, que—según las previsiones—en todo 2009 bajará un 3,1% en los países de ingreso alto y aumentará apenas un 3,5% en los países de ingreso mediano, en comparación con el incremento del 13% que registraron estos últimos en 2007. Debido a que los países de ingreso bajo tienen menos acceso a los mercados internacionales de capital, la desaceleración los afectará principalmente a través de mecanismos indirectos, como el menor crecimiento mundial, la caída de los precios de los productos básicos, la disminución de las entradas de remesas y la reducción parcial de los flujos de ayuda.

Se prevé que el crecimiento general del PIB mundial disminuirá al 0,9% en 2009, aunque las economías en desarrollo crecerán un 4,5% (valor muy inferior a la tasa de 7,9% registrada en 2007). Es probable que el comercio internacional se desacelere marcadamente y que los volúmenes mundiales de exportación caigan por primera vez desde 1982. En consecuencia, se estima que se moderarán tanto los precios de los productos básicos como la inflación: los precios del petróleo rondarán los US\$75 por barril en 2009 y los precios de los alimentos descenderán

aproximadamente un 23% en comparación con sus promedios de 2008.

Esta crisis financiera y la previsión de una abrupta desaceleración del crecimiento mundial se producen en un momento en que los países en desarrollo considerados en conjunto son más vulnerables de lo que eran recientemente. El aumento de los precios de los productos básicos ha hecho subir —hasta niveles preocupantes— los déficits en cuenta corriente de muchos países importadores de petróleo (superan el 10% del PIB en alrededor de un tercio de los países en desarrollo); y luego de haber aumentado considerablemente, las reservas internacionales de los países en desarrollo exportadores de petróleo ahora están cayendo como proporción de sus importaciones. Además, la inflación es elevada y las finanzas públicas se encuentran en situación precaria, debido a cuestiones cíclicas y a que se ha incrementado el gasto público para aliviar la carga del mayor precio de los productos básicos.

Por ende, aun en la situación de referencia, en la que se prevé que la acelerada caída de las acciones registrada en septiembre y octubre debe terminar y que el crédito comenzará a descongelarse cuando las recientes medidas de políticas aumenten la confianza en el mercado financiero, es probable que muchos países en desarrollo se vean sometidos a fuertes presiones, como la quiebra de bancos y las crisis monetarias. En tal situación de incertidumbre, los encargados de formular las políticas deben prestar especial atención a reducir las posibilidades de que se produzcan disturbios internos, reaccionando rápida y vigorosamente ante las nuevas dificultades, lo que incluye —de ser necesario— buscar la asistencia del Fondo Monetario Internacional.

La incertidumbre continúa empañando las perspectivas

Si bien es probable que estas contundentes perspectivas se hagan realidad, también son posibles otros resultados muy variados. La conmoción financiera podría intensificarse y desatar una contracción prolongada del crédito y la recesión mundial. También es posible una resolución más moderada, si las condiciones del crédito no empeoran tanto como se anticipa en la situación de referencia. Al momento de redactar

este informe, no se puede descartar la posibilidad de que la situación en los países de ingreso alto se agrave en forma sustancial. Si los mercados de crédito no lograran responder a las firmes medidas de políticas adoptadas hasta el momento, las consecuencias para los países en desarrollo podrían ser muy serias. Las condiciones financieras mundiales empeorarían rápidamente y los sectores financieros nacionales que aparentemente eran sólidos podrían verse imposibilitados de recibir financiamiento o no estar dispuestos a conceder préstamos, tanto en los mercados internacionales como en los nacionales. Tal situación estaría caracterizada por una recesión prolongada y profunda en los países de ingreso alto y un alto grado de conmoción y alteraciones, que incluirían la quiebra de bancos y crisis monetarias, en un gran número de países en desarrollo. El resultado inevitable sería un crecimiento marcadamente negativo en muchos países en desarrollo y todas sus repercusiones, incluidos el aumento de la pobreza y el desempleo.

Aunque está perdiendo importancia, la preocupación por la inflación elevada en los países en desarrollo continúa siendo un problema, especialmente si la agitación financiera cede con relativa rapidez. Mientras que, en tales circunstancias, el crecimiento mundial aún sería lento en 2009, los sustanciales estímulos de políticas que se han aplicado podrían dar lugar a un repunte del crecimiento en 2010, tanto en países desarrollados como en desarrollo. Esto volvería a despertar las presiones inflacionarias y obligaría a aplicar políticas restrictivas, por lo que nuevamente se produciría una desaceleración del crecimiento. Las políticas de los países que actualmente tienen grandes déficits en cuenta corriente y una inflación elevada deben ser especialmente cuidadosas con esta cuestión. Estas economías continúan siendo vulnerables y los inversionistas aún se muestran intranquilos; en estas condiciones, es probable que sus monedas sigan siendo susceptibles a la variación en las percepciones del mercado.

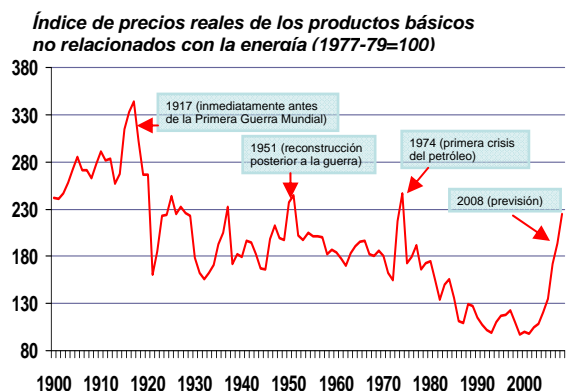
El auge del mercado de los productos básicos llegó a su fin

Al igual que los períodos de prosperidad anteriores —observados durante el siglo

pasado—, el pronunciado aumento de los precios de los productos básicos de los últimos cinco años se relacionó con una etapa de fuerte crecimiento económico (impulsado en parte por políticas fiscales y monetarias relativamente relajadas) y una etapa de incertidumbre mundial, y ha generado presiones inflacionarias significativas. El período de auge más reciente fue también el más marcado del siglo por su magnitud, duración y la cantidad de grupos de productos básicos que aumentaron de precio (Gráfico PG.1).

La solidez y la duración de este ciclo fueron reflejo, principalmente, de la capacidad de recuperación del crecimiento del PIB entre 2003 y 2008.

Gráfico PG.1: El reciente auge de los productos básicos fue el más importante y prolongado desde 1990



Fuente: Grilli y Yang (1988) para el período de 1990 a 1947; Banco Mundial para el período de 1948 a 2008.

En el sector del petróleo y los metales, las presiones sobre la oferta que se acumularon durante los últimos cinco años y que impulsaron los precios hacia máximos históricos se originaron principalmente en el lento crecimiento de la capacidad de la oferta. A su vez, éste se debió a que buena parte de la creciente demanda del decenio de 1990 en el resto del mundo se satisfizo gracias a la lenta reabsorción de la capacidad excedentaria que se produjo luego de la crisis petrolera de 1980 y el colapso de la demanda en el bloque de la ex Unión Soviética, cuando estos países — anteriormente comunistas— comenzaron a asignar recursos de acuerdo con las señales que enviaba el mercado. Como resultado de esta

capacidad excedentaria, los precios se mantenían bajos en el caso del petróleo y los metales, y las empresas no veían el incentivo económico para aumentar la capacidad productiva.

Además, debido a los bajos precios y a que la demanda incremental se satisfacía con esta capacidad, decayó la inversión en los sectores del petróleo y los metales, y se retrajeron los sectores que proporcionaban los insumos necesarios para la exploración y la explotación. A su vez, eso ocasionó un desequilibrio en la tasa subyacente de crecimiento de la capacidad de oferta y la demanda. Cuando se agotó la capacidad adicional, a principios de 2000, la oferta ya no estaba en condiciones de mantener el ritmo de una demanda en pleno crecimiento, y los precios comenzaron a subir.

La situación de los mercados agrícolas es diferente, ya que la demanda de cultivos agrícolas para productos alimenticios se mantuvo relativamente estable. No obstante, la desviación de los cultivos alimenticios hacia la producción de biocombustibles creció claramente y, entre 2003 y 2007, dos tercios del aumento mundial de la producción de maíz se destinó a los biocombustibles. Si bien el impacto inicial se circunscribió al mercado del maíz, a medida que los agricultores empezaron a dejar de lado el trigo y la soja para cultivar maíz, los precios de estos productos básicos también comenzaron a subir. El aumento de los precios del petróleo y los fertilizantes también hizo subir los costos de producción de alimentos, especialmente en países de ingreso alto, donde pueden llegar a corresponder al 30% de los costos generales. Este factor, sumado a la demanda de cereales para los biocombustibles, provocó que los precios de estos productos fueran mucho más susceptibles a las variaciones de los precios del petróleo. Por último, una serie de cosechas deficientes de trigo en Australia agravó la situación: hizo caer las existencias y contribuyó al aumento de los precios.

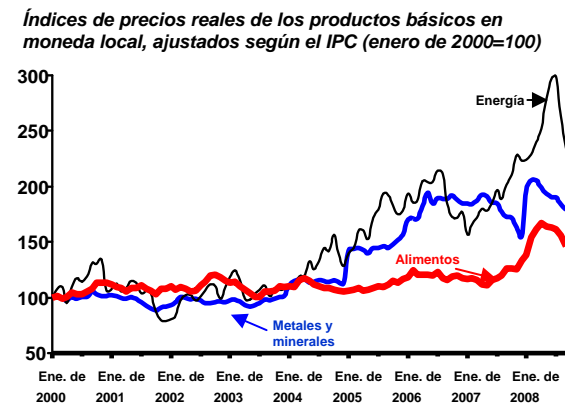
Además de estas causas fundamentales, la fluctuación de los precios de los productos agrícolas se debió también al mayor interés de los inversionistas en estos productos básicos como una clase de activos y a las políticas públicas, incluida la decisión de varios países de imponer restricciones a la exportación. Todos estos factores están impulsados por las

expectativas sobre el futuro y pueden haber exacerbado la tendencia al alza de los precios durante 2007-08 y su reciente descenso.

Los precios de los productos básicos caen debido al menor crecimiento del PIB

Al igual que sucedió con los anteriores períodos de auge de los productos básicos, éste ha llegado a su fin. Los precios de todos los mercados de productos básicos se han desplomado desde julio de 2008 (Gráfico PG.2), como resultado de un menor crecimiento del PIB, la mayor cantidad de oferta y la corrección de las expectativas. Debido a que los precios de los productos básicos reflejan expectativas sobre el futuro, la pronunciada desaceleración del crecimiento que se prevé para el año próximo provocó rápidas caídas de los precios, aunque las tensiones subyacentes entre oferta y demanda no han cambiado demasiado respecto de hace unos meses, cuando los precios estaban cerca de los máximos históricos.

Gráfico PG.2: Los precios reales de los productos básicos, expresados en unidades de moneda local, aumentaron entre un 75% y un 150%, pero luego descendieron



Fuente: Banco Mundial.

Los precios de algunos metales ya cayeron a los niveles anteriores al ciclo de prosperidad y los precios en dólares estadounidenses de muchos alimentos comercializados internacionalmente bajaron a sus valores de 2006. Si bien se cree que un crecimiento muy inferior del PIB hará que los precios de los productos básicos cedan aún más a corto plazo, éstos se deberían mantener más elevados que los de los años noventa. Según las estimaciones, los precios reales de los alimentos descenderán un 15%

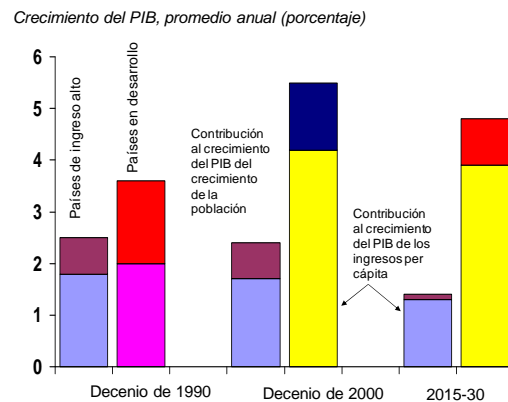
entre el presente y 2010, los precios del petróleo bajarán un 8% y los precios de los metales caerán un 23%.

A largo plazo, debería moderarse el crecimiento de la demanda de productos básicos

La solidez, magnitud (en lo que respecta a la cantidad de productos básicos que registraron aumentos de precios) y duración del actual período de auge de los productos básicos dieron lugar a especulaciones que indican que la economía mundial va hacia una nueva era, caracterizada por la escasez relativa y por precios de los productos básicos permanentemente más altos (e incluso en permanente ascenso).

Este resultado no parece probable. Se prevé que, durante los próximos dos decenios, la desaceleración del crecimiento de la población y el menor crecimiento del ingreso (aunque aún será sólido) harán que el crecimiento tendencial del PIB mundial se modere (Gráfico PG.3) y, con él, la demanda de productos básicos. Como se analizará luego, la medida de la desaceleración de la demanda de productos básicos y la facilidad con que la oferta siga el ritmo de la demanda dependerán en gran medida del entorno de políticas, del ritmo de cambio tecnológico y de factores externos como el cambio climático.

Gráfico PG.3: El menor crecimiento de la población debería dar lugar a una reducción del PIB y de la demanda de productos básicos

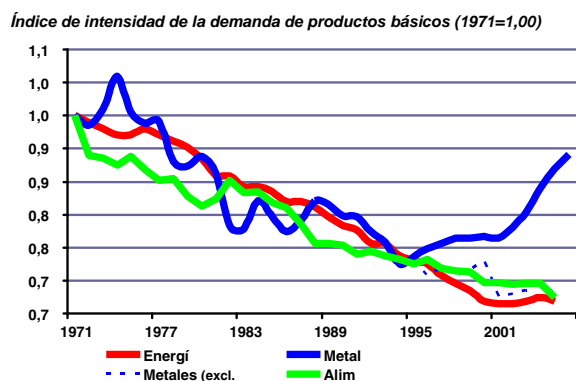


Fuente: Banco Mundial, modelo Linkage.

La moderación de la demanda de metales depende sustancialmente del aumento de la eficiencia en China

Durante los últimos 50 años, una combinación de medidas de conservación, cambios tecnológicos y modificaciones en la estructura del PIB mundial (los servicios tienden a requerir menos productos básicos que las manufacturas) hizo reducir la cantidad de metales y energía necesaria para producir una unidad de PIB en un promedio de 0,9% y 0,8% anuales, respectivamente (Gráfico PG.4). La intensidad de consumo de alimentos respecto del PIB también disminuyó porque es cada vez mayor la proporción de la población del mundo que alcanza niveles de ingreso en los que la demanda per cápita de productos básicos alimenticios es estable.

Gráfico PG.4: El progreso tecnológico ha reducido la cantidad de productos básicos utilizados por unidad de PIB



Fuente: Cálculos del Banco Mundial, con datos de la Oficina Mundial de Estadísticas del Metal, el Organismo Internacional de Energía y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

A partir de mediados del decenio de 1990, la disminución de la intensidad de utilización de los metales comenzó a revertirse. Este fenómeno se debió casi en su totalidad al aumento de la intensidad de utilización de los metales en China, que comenzó en 1995 y se volvió aún más pronunciado a principios del decenio de 2000. El incremento en la intensidad de utilización de los metales se relacionó con el auge de la inversión, las manufacturas y las exportaciones en ese país. Actualmente, la intensidad de utilización de los metales en China es cuatro veces superior a la de los países desarrollados y dos veces superior a la de otros

países en desarrollo, aunque se prevé que se estabilizará en los años venideros y luego comenzará a descender, a medida que disminuya la elevada tasa de inversión en el país y se desacelere la transición de la capacidad mundial de manufacturación desde los países de ingreso alto hacia China.

Suponiendo que la intensidad de uso de los metales en China se estabilice y luego disminuya en los próximos años, la demanda mundial de metales —que ha superado al PIB en los últimos años— primero debería realinearse con el crecimiento del PIB durante los próximos años y después descender aún más durante el decenio siguiente, hasta ubicarse alrededor del 2,7% anual en el período 2015-30.

La demanda futura de energía depende del mejoramiento de la eficiencia de los automóviles

La demanda en el sector energético dependerá primordialmente del ritmo de mejoramiento de la eficiencia energética, en especial en el sector del transporte. Desde 1970, las actividades de conservación y el progreso tecnológico han reducido la demanda de energía un 56%, en comparación con una situación sin cambios (AIE, 2006). Teniendo en cuenta que posiblemente cerca del 75% de la demanda futura de energía provendrá del sector del transporte, especialmente de los países en desarrollo, el ritmo de crecimiento de la demanda futura de energía (y su composición) dependerá en gran medida de los aumentos de eficiencia que se obtengan en la tecnología automotriz.

Las perspectivas de mejora son buenas, siempre que las políticas continúen respaldando las medidas de conservación y eficiencia. Las tecnologías existentes —disponibles en etapas iniciales de lanzamiento o como prototipos (automóviles híbridos o que funcionan con más de un combustible, híbridos “enchufables”, y vehículos eléctricos o de hidrógeno)— podrían ayudar a duplicar con creces la eficiencia de los combustibles. La aplicación de políticas ambiciosas (y exitosas) para acelerar el avance y la difusión de estas tecnologías podría lograr que la proporción de estos vehículos aumentara al 90% en el mundo de ingreso alto y al 75% en los países en desarrollo para 2050; de esta manera

se reduciría drásticamente la dependencia de los combustibles líquidos que actualmente presenta el transporte privado.

En la situación de referencia, se prevé que la demanda de petróleo continuará aumentando hasta los 114 millones de barriles por día para 2030 (en comparación con los 87 millones de barriles diarios actuales). Se cree que la demanda de energía crecerá algo más rápido, a medida que el carbón, el gas natural y las fuentes de energía no relacionadas con los combustibles fósiles aumenten su participación en la oferta total de energía. Que este cambio se produzca dependerá en gran medida del entorno de políticas. Con una actitud más dinámica en la limitación de las emisiones de carbono se podría acelerar el ritmo al que las energías alternativas se vuelven económicamente viables y recortar el aumento del consumo de energía proveniente de plantas eléctricas de carbón que se prevé para el futuro.

Es posible que, durante los próximos 20 años, haya amplias existencias de productos básicos de extracción

El tiempo transcurrido hasta que el crecimiento de la capacidad de la oferta en los sectores del petróleo y los metales se equilibre con la demanda dependerá de la velocidad de recuperación de la capacidad en los sectores de equipos pesados y especializados y de mano de obra de la oferta. La reducción de la capacidad en estos sectores se debe a años de precios bajos e inversiones escasas; como resultado, los plazos de entrega y el costo de los insumos ahora son más de cuatro veces superiores en muchos casos. Los elevados precios de estos componentes están acelerando el alivio de estas limitaciones. Debido a la esperada desaceleración del crecimiento del PIB mundial y la caída del precio de los productos básicos, la demanda de inversiones se moderó y se espera que los precios de estos bienes de inversión especializados descendan aún más. No obstante, se prevé que las entregas seguirán estando a la zaga de la demanda por algún tiempo y que los precios se mantendrán relativamente elevados durante varios años.

A más largo plazo, los precios de los productos básicos de extracción deberían descender, aunque no se espera que bajen a sus niveles del

decenio de 1990. Los precios deberán ser más altos que en el pasado para garantizar que las empresas continúen invirtiendo en nueva capacidad.

Si bien es cierto que la cantidad absoluta de combustibles fósiles y metales que se encuentran en la corteza terrestre está disminuyendo y que la cantidad que se extrae cada año va en aumento, es poco probable que las reservas extraíbles se acaben pronto. Históricamente, las reservas comprobadas de metales y petróleo han demostrado una tendencia a aumentar más rápidamente que la producción y se han mantenido constantes, sorpresivamente, en el caso del petróleo en una media de 40 años de producción. En parte, esto se debe a que las reservas medidas, en lugar de ser una contabilización precisa de los recursos que aún están en la tierra, son más parecidas a un inventario de productos que las empresas pueden incorporar sin demora al mercado. En la medida en que las empresas gocen de amplias “reservas conocidas” para la demanda futura prevista, no tendrán mucho incentivo para buscar más.

Es posible que se descubran reservas adicionales a medida que aumente la producción y pasen a explotarse más de las reservas conocidas. En general, estas nuevas reservas tienden a ser de menor calidad y más costosas que las reservas existentes. Sin embargo, la historia demuestra que las mejoras en la tecnología de extracción han avanzado lo suficientemente rápido para mantener estable o, incluso, hacer disminuir el costo de explotación de nuevas fuentes, a pesar de que se trate de ubicaciones remotas y que la calidad sea inferior. El precio previsto a largo plazo para el barril de petróleo, de 75 dólares estadounidenses reales de 2008, se basa en la expectativa de que será suficiente para promover la producción adicional de fuentes de alto costo, como las arenas petrolíferas de Canadá.

Incluso si algunos recursos se vuelven escasos, existen variadas alternativas. Por ejemplo, si disminuye el ritmo de descubrimiento de nuevas reservas de petróleo, el aumento del precio de este producto hará que las fuentes alternativas de energía (incluidos el carbón, el gas natural y las alternativas renovables) se vuelvan más competitivas e inducirá a un aumento de la conservación y al cambio tecnológico. Las simulaciones señalan que si la producción de

petróleo no llegara a aumentar entre el presente y 2030, los precios de este producto podrían duplicarse, pero la mayor parte de la falta de energía se solucionaría con un mayor consumo de carbón y gas natural, aunque a un costo más alto.

La demanda de alimentos se desacelerará debido al menor crecimiento de la población, pero los biocombustibles podrían hacer expandir la demanda de cultivos muy rápidamente

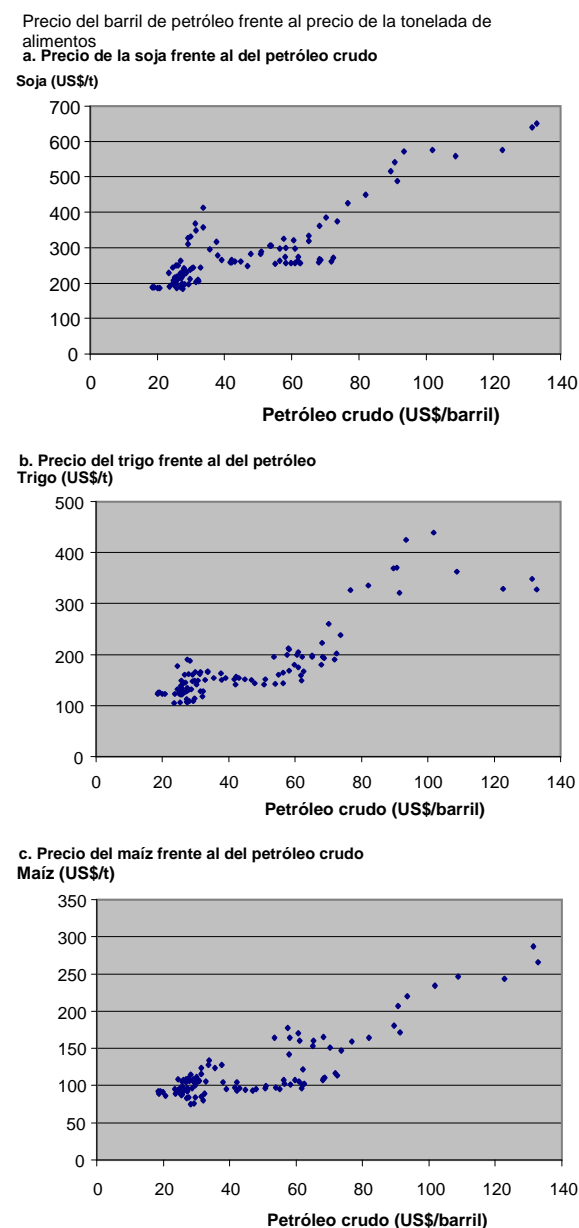
Debido a que es cada vez mayor la proporción de la población del mundo que alcanza niveles de ingreso en los que la demanda de la mayoría de los productos básicos alimenticios no aumenta con el ingreso, se prevé que la demanda de alimentos se desacelerará (en general, en consonancia con el descenso del crecimiento de la población). No obstante, la posible función de la demanda de biocombustibles provenientes de cultivos alimenticios complica seriamente el panorama. Con las tecnologías de hoy, el maíz se puede transformar en etanol de manera rentable si los precios del petróleo superan los US\$50 por barril. Por encima de ese precio, por cada punto porcentual que aumenta el precio del barril de petróleo, aumenta un 0,9% el precio asociado del maíz (Gráfico PG.5), lo que significa que el mercado del maíz efectivamente está ligado al mercado del petróleo (esta relación no es estadísticamente significativa cuando el precio del petróleo se ubica por debajo de los US\$50 por barril). Además, puesto que los agricultores han respondido al aumento de los precios del maíz dedicándose cada vez más a su cultivo en las tierras donde antes sembraban trigo y soja, los precios de estos dos productos básicos también se han vuelto más susceptibles a la variación de los precios del petróleo.

Dado que el mercado energético es mucho más grande que el mercado del maíz (si todo el maíz del mundo se utilizara para producir biocombustibles, sólo alcanzaría para satisfacer el 8% de la demanda de energía), la demanda de biocombustibles tiene la capacidad de cambiar permanentemente la naturaleza (y el precio) de los productos básicos agrícolas. La Agencia Internacional de Energía (AIE), por ejemplo, indica que la demanda de cereales para biocombustibles podría aumentar un 7,8% anual

durante los próximos 20 años (en comparación con el aumento del 1,2% anual de la demanda para alimentos). Si este pronóstico se confirma, el 40% de la producción mundial de cereales podría destinarse a los biocombustibles para 2030.

Probablemente sea prematuro decir que se ha alterado para siempre la naturaleza de estos mercados. Por una parte, es posible que las mejoras tecnológicas hagan reducir el costo de

Gráfico PG.5: Los precios del petróleo tienen un efecto directo en los precios de los alimentos



Fuente: Banco Mundial.

producir etanol a partir del maíz (y el azúcar), lo que, a su vez, haría bajar el umbral de los precios del petróleo por encima del cual estos cultivos se vuelven susceptibles a las variaciones de dichos precios. No obstante, los cambios tecnológicos también pueden abrir una puerta a fuentes alternativas de energía que haga que la producción de etanol a partir de cultivos alimenticios sea antieconómica. Entre esas alternativas están los biocombustibles producidos con celulosa u otras fuentes no alimenticias, la energía solar y los sistemas a base de hidrógeno. En estos casos, la conexión creada entre el mercado de la energía y los mercados de cereales se interrumpiría, y los precios de los alimentos descenderían considerablemente.

El fuerte crecimiento de la productividad y la tierra cultivable no utilizada deberían garantizar una adecuada provisión de alimentos a nivel mundial

Es poco probable que las existencias de alimentos no alcancen para satisfacer la demanda. Durante los últimos 30 años, la productividad agrícola mejoró mucho más rápidamente que la demanda; en consecuencia, la producción de este sector se incrementó a gran velocidad, aun cuando la proporción de trabajadores agrícolas en el total de empleados ha ido en constante descenso y los precios han bajado.

Las perspectivas a más largo plazo se ven algo empañadas por el agotamiento gradual de los incrementos rápidos de productividad que ofrecía la revolución verde. Por su parte, el cambio climático constituye una amenaza para los rendimientos en muchos países en desarrollo, aunque la mayor parte de este efecto probablemente no se note hasta después de 2030. Suponiendo que se aplicaran las políticas necesarias para ampliar la infraestructura y facilitar la difusión de las nuevas tecnologías (incluidas las biotecnologías) que han sostenido la productividad agrícola en los países de ingreso alto, la producción agrícola debería hacer algo más que seguir el ritmo de la demanda a largo plazo.

No obstante, si los países en desarrollo no logran detener las tendencias recientes de reducción de los rendimientos mediante una mayor inversión

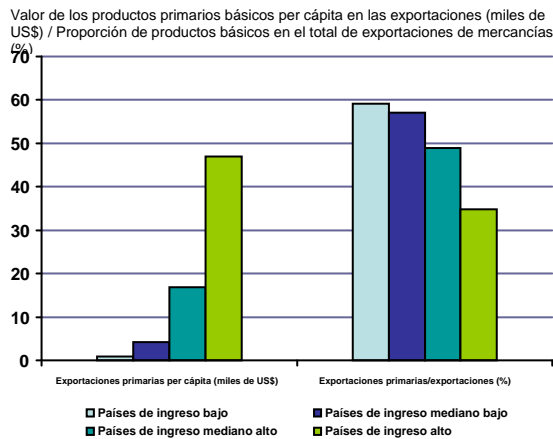
en la agricultura rural y la difusión y adopción de variedades de semillas y técnicas de cultivo más productivas, se producirá un riesgo real de que muchos países, particularmente de África — donde se cree que la población seguirá aumentando—, pasen de ser ampliamente autosuficientes en alimentos a ser importadores netos de estos productos. Los países de ingreso alto, donde el crecimiento de la productividad no se ha detenido, serían los encargados de satisfacer la mayor parte de la insuficiencia de alimentos, aunque a un costo más alto.

Aun si la demanda de biocombustibles aumenta considerablemente, existe un enorme potencial para destinar una superficie de tierra adicional para cultivos (aunque sea menos productiva). De todos modos, si la demanda de cultivos para biocombustibles es mucho mayor o si los resultados de productividad no son los esperados, la provisión de alimentos en el futuro puede llegar a ser mucho más costosa que en el pasado. Las simulaciones señalan que, en estas condiciones desfavorables, los precios de los cultivos alimenticios podrían llegar a ser hasta un 30% más altos que en la situación de referencia.

Los países productores de productos básicos están aprovechando las ganancias imprevistas mejor que en el pasado

Históricamente, los países con economías basadas principalmente en las exportaciones de productos básicos han mostrado una tendencia a crecer menos velozmente que aquéllos con economías más diversificadas. Esta tendencia refleja principalmente un PIB bajo y un subdesarrollo de los sectores no relacionados con los recursos, en vez de la cantidad real de recursos que poseen estos países. De hecho, si se mide su valor agregado per cápita proveniente de los recursos, los países de ingreso alto tienden a ser más ricos en recursos que los países en desarrollo, mientras que sus grandes sectores no relacionados con los recursos indican que también dependen menos de los recursos (Gráfico PG.6).

Gráfico PG.6: En promedio, los países pobres dependen de los productos básicos pero poseen relativamente pocos recursos



Fuente: Banco Mundial.

La dependencia de los recursos no necesariamente da lugar a un crecimiento lento. Pero para aprovechar el potencial de la riqueza de recursos, los gobiernos deben evitar seguir las políticas que exacerban la tendencia a esa dependencia para generar resultados de crecimiento escasos. Algunas de estas políticas son:

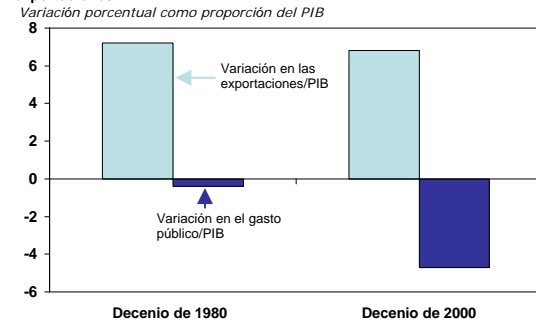
- la tendencia a que el gasto público de los países que dependen de los recursos aumente en los períodos de expansión y disminuya, siguiendo el ciclo, durante los períodos de contracción;
- la tendencia a que los flujos de ingresos importantes ocasionen una apreciación real excesiva de la moneda que es perjudicial para la competitividad de los sectores de la economía no relacionados con los recursos, y
- la tendencia a que los ingresos importantes originados por los productos básicos induzcan a comportamientos de captación de rentas, corrupción e, incluso, violencia política.

Es alentador saber que, durante el transcurso del período más reciente de auge de los productos básicos, el gasto fiscal de los países en desarrollo dependientes de los recursos fue mucho más prudente que en épocas de expansión anteriores. En parte como consecuencia, las monedas de la mayoría de los países se apreciaron menos que en el pasado. Además, la corrupción en los exportadores de

productos básicos disminuyó respecto de la de los exportadores diversificados (Gráfico PG.7), lo que indica que es posible que este mecanismo de reducción del potencial de desarrollo que presenta la riqueza de recursos también se haya debilitado.

Gráfico PG.7: Los exportadores de productos primarios muestran menos signos del comportamiento asociado con la "maldición de los recursos"

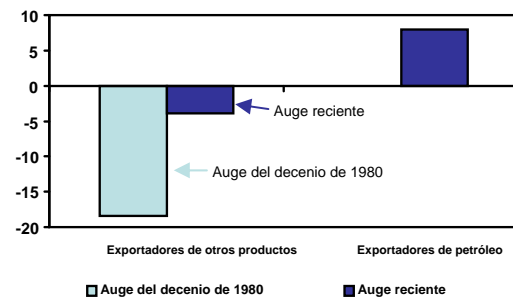
a. El gasto público se ha incrementado mucho menos que los ingresos por exportaciones



Fuente: Banco Mundial.

b. Las monedas de los exportadores de productos básicos se han apreciado

Variación porcentual del tipo de cambio efectivo real ponderado en función del

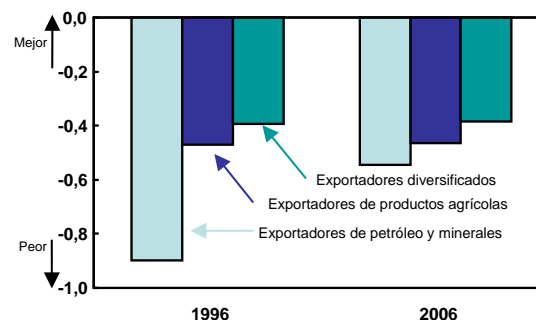


Fuente: Datos del FMI y cálculos del personal del Banco Mundial.

Nota: El aumento es indicador de apreciación.

c. Ha disminuido la corrupción en los países exportadores de productos básicos

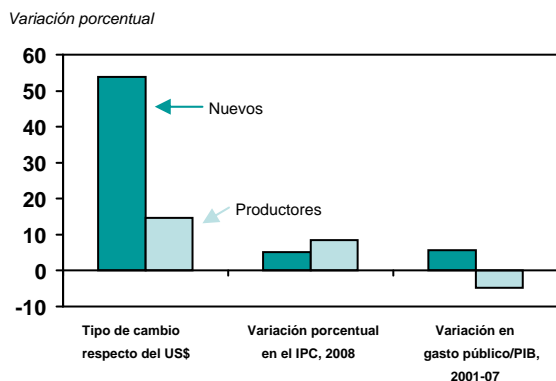
Nivel del índice



Fuente: Kaufmann, Kray y Mastruzzi (2007), y datos del Banco Mundial.

Son excepciones los exportadores de productos básicos recientemente independizados o los Estados que ahora descubren su riqueza de recursos. El gasto público en estos países ha seguido el ritmo de los ingresos por exportaciones, o incluso lo ha superado, y sus monedas se han apreciado mucho más que las de países que registran más casos de auge de los productos básicos (Gráfico PG.8).

Gráfico PG.8: Tipos de cambio, inflación y gasto público en exportadores de petróleo nuevos y consolidados, 2001-06



Fuente: Datos del Banco Mundial y del FMI.

Nota: Se denomina "nuevos productores" a los países que basan su economía en el petróleo y que comenzaron a producir después de 1985 o se constituyeron como país luego de ese año, incluidos Azerbaiyán, Chad, Guinea Ecuatorial, Kazajstán, Sudán y la República del Yemen (Turkmenistán carece de datos sobre la inflación y el tipo de cambio real). Entre los productores consolidados están Argelia, Angola, la República del Congo, Gabón, la República Islámica del Irán, Libia, Nigeria, Omán y la República Bolivariana de Venezuela. Aquí se informa el tipo de cambio real con los Estados Unidos (en vez del tipo de cambio real ponderado en función del comercio, como aparece en el Gráfico 3.5) a fin de incluir suficientes países para realizar una comparación útil entre los dos grupos.

- Tipo de cambio real respecto del dólar estadounidense, donde el aumento es indicador de apreciación. Los datos de Guinea Ecuatorial corresponden al período 2001-04.
- Variación porcentual en el índice de precios al consumidor de 2008.
- Variación en el coeficiente entre gasto público y PIB desde 2001 hasta 2007.

Ahora que los precios son notablemente más bajos, es posible que estos países se enfrenten a presiones fiscales adicionales. Además, los países exportadores de petróleo con reservas relativamente bajas no están ahorrando mucho más que los que poseen reservas elevadas y, en consecuencia, pueden estar exacerbando los problemas de competitividad de sus sectores no relacionados con el petróleo. Esto, a su vez,

podría constituir un problema en el futuro porque estos países, a diferencia de los que poseen grandes reservas, tendrán que recurrir a sus sectores no relacionados con los recursos para generar la mayor parte del crecimiento en los años venideros.

Además, el gasto de los ingresos provenientes de los recursos en el sector privado continúa siendo elevado. Esta situación se da especialmente en el caso de los exportadores de productos básicos no petroleros, como los productores agrícolas, porque en ese sector los beneficios de los precios elevados están menos concentrados. Afortunadamente, parece que buena parte del gasto se dirige a bienes de inversión, que deberían contribuir al potencial de producción futura. En varios países africanos, no obstante, el gasto en inversión se ha financiado con importantes endeudamientos bancarios, hecho que podría traer aparejados serios problemas cuando llegue el momento de reembolsar los préstamos, dado que los precios de los productos básicos bajaron y se ha vuelto mucho más difícil acceder al crédito.

Los altos precios de los productos básicos constituyen un desafío para los pobres, especialmente en el caso de las naciones consumidoras

Para las naciones que son consumidoras, el aumento de los precios de los productos básicos presenta una serie de desafíos. En el caso de productos básicos ampliamente comercializados, como el petróleo, los marcados incrementos de precios pueden plantear serias dificultades en la balanza de pagos y aumentar la vulnerabilidad de los importadores netos. En el caso de los productos básicos alimenticios, que se consumen principalmente en el mismo país en que se producen, el problema para la mayoría de los países es el de la transferencia de riqueza entre los productores y los consumidores, aunque algunos países son grandes importadores netos de alimentos y también han sufrido impactos considerables en sus balanzas de pagos debido a los altos precios de los alimentos. Los aumentos de los precios de los combustibles y los alimentos han impulsado la inflación e incidido negativamente en los ingresos reales en los países en desarrollo.

En general, la política económica no debería resistir a las variaciones de los precios relativos sino intentar contribuir a la adaptación a las circunstancias cambiantes. No obstante, la magnitud de los cambios de los últimos años fue inusual y tuvo importantes repercusiones en la inflación, la balanza de pagos y la pobreza en los países en desarrollo. Asimismo, debido a que los elevados precios de los alimentos pueden incrementar la malnutrición en los grupos más pobres y dar lugar a daños cognitivos y físicos permanentes, hasta un aumento temporal —pero considerable— de estos precios requiere políticas de respuesta rápidas y bien orientadas.

A nivel mundial, el costo del alza de los precios de los alimentos y los combustibles para los consumidores de los países en desarrollo durante 2008 fue de aproximadamente US\$680.000 millones. Los aumentos de precios tuvieron graves efectos macroeconómicos. Los elevados precios del petróleo hicieron aumentar los déficits en cuenta corriente de muchos países hasta un 5% de su PIB. El aumento de los precios de los alimentos y los combustibles han impulsado un marcado ascenso de la inflación. Además, al incrementar los costos, las alzas de los precios de los alimentos y los combustibles han hecho aumentar el número de pobres y la magnitud de su pobreza. En general, los precios más elevados de los alimentos han tenido un efecto más pronunciado en la pobreza porque los hogares de los países pobres gastan un 50% o más de su ingreso en alimentos y sólo un 10% en combustible. Por otra parte, en el caso de los hogares muy pobres, los alimentos llegan a corresponder a un porcentaje aún mayor, y los combustibles, a uno mucho menor. Por último, es probable que los efectos de la pobreza sean más significativos porque, a diferencia de los combustibles para el hogar—que pueden reemplazarse con biomasa—, la demanda de alimentos es relativamente inelástica.

Sin embargo, no todos los precios de los alimentos subieron tanto como los del arroz, el maíz y el trigo. Además, durante 2007 y el primer semestre de 2008, el dólar estadounidense comenzó a depreciarse, por lo que los precios en moneda local aumentaron menos que los precios en dólares. En consecuencia, el aumento en moneda local real de los precios de los alimentos que se consumen en los países en desarrollo fue muy inferior al

aumento del 54% observado en los precios de los alimentos comercializados internacionalmente y denominados en dólares estadounidenses (Cuadro PG.1). En África, por ejemplo, los precios reales de los alimentos aumentaron un promedio del 8,3%, en comparación con el 19,8% de Oriente Medio, que recurre mucho más a los alimentos importados.

Cuadro PG.1: Los porcentajes de aumento del precio de los alimentos y de consumo varían de una región a otra

	Alteración del precio	Distribución de los alimentos entre los pobres
	(porcentajes)	
Población rural		
Asia oriental y el Pacífico	12.4	71.5
Europa oriental y Asia central	-0.2	63.4
América Latina	6.9	51.2
Oriente Medio y Norte de África	25.9	64.5
Asia meridional	5.0	65.3
África al sur del Sahara	9.6	68.0
Mundo en desarrollo	6.7	66.1
Población urbana		
Asia oriental y el Pacífico	13.8	67.5
Europa oriental y Asia central	-0.5	57.9
América Latina	1.6	44.1
Oriente Medio y Norte de África	12.5	57.1
Asia meridional	4.8	64.4
África al sur del Sahara	4.9	53.0
Mundo en desarrollo	4.1	60.4

Fuente: Banco Mundial.

Nota: La alteración del precio difiere entre la población rural y la urbana porque existen distintos grados de urbanización en los países que conforman los grupos.

En general, se calcula que el aumento del precio de los alimentos entre 2005 y comienzos de 2008 ha hecho incrementar la proporción de la población de Asia oriental, Oriente Medio y Asia meridional que vive en la pobreza extrema en 1 punto porcentual o más. Los efectos sufridos en África fueron menos pronunciados porque los precios de los alimentos aumentaron menos en promedio y porque una porción mucho mayor de la población vive en zonas rurales. En general, los habitantes de estas zonas han resultado menos afectados, puesto que para los agricultores el aumento del precio de los alimentos significa también mayores ingresos. Los efectos en la pobreza urbana fueron mucho más marcados: la incidencia de la pobreza

aumentó más de 1,5 puntos porcentuales en Asia oriental, Oriente Medio, Asia meridional y África al sur del Sahara (Cuadro PG.2). En términos generales, se calcula que la cantidad de personas que viven en la pobreza extrema aumentó entre 130 millones y 155 millones, y que el déficit de pobreza (el costo anual de elevar los ingresos de todos los pobres hasta el umbral de pobreza) subió US\$38.000 millones, o un 0,5% del PIB de los países en desarrollo.

**Cuadro PG.2: El encarecimiento de los alimentos ha hecho aumentar el incidencia y la gravedad de la pobreza en todo el mundo
Enero de 2005 - diciembre de 2007**

Región	Valor inicial		Variación	
	Cantidad de personas	Tasa de déficit de ingreso	Cantidad de pobres	Tasa de déficit de ingreso
	(porcentajes)		(puntos porcentuales)	
Población urbana				
Asia oriental y el Pacífico	13.2	20.3	6.3	2.7
Europa y Asia central	2.5	8.7	0.0	0.2
América Latina y el Caribe	3.7	37.6	0.1	-0.7
Oriente Medio y Norte de África	2.7	17.8	2.4	5.7
Asia meridional	32.3	25.0	2.0	0.5
África al sur del Sahara	34.1	38.1	1.7	0.3
Mundo en desarrollo	15.3	27.1	2.9	0.5
Población rural				
Asia oriental y el Pacífico	31.9	23.2	4.9	0.7
Europa y Asia central	8.2	6.6	0.0	0.0
América Latina y el Caribe	18.6	43.9	0.1	0.1
Oriente Medio y Norte de África	15.4	22.9	0.7	0.9
Asia meridional	43.3	24.0	0.8	0.3
África al sur del Sahara	54.9	41.5	0.3	0.0
Mundo en desarrollo	37.1	28.2	2.1	0.1

Fuente: Banco Mundial, utilizando el modelo de la dinámica de la distribución del ingreso mundial.

Nota: La línea de pobreza per cápita se sitúa en 1,25 dólares internacionales de 2005 por día. La parte correspondiente a los alimentos en el consumo total de los pobres se calcula según el método descrito en De Hoyos y Lessem (2008). La región de Asia oriental no incluye a China, y la de Oriente Medio comprende Jordania, Marruecos y la República del Yemen. La brecha de ingresos expresa, como porcentaje de la línea de pobreza, la reducción de los ingresos de una persona pobre media con respecto a la línea de pobreza.

En el caso de las personas muy pobres, reducir aún más el consumo (que ya se encuentra en niveles muy bajos), incluso por un período corto, puede tener importantes consecuencias a largo plazo. Es posible que los elevados precios de los alimentos de 2008 ya hayan incrementado en 44 millones el número de niños con daños físicos o

cognitivos permanentes, causados por la malnutrición. Por eso, es crucial que los países reaccionen al aumento de los precios de los alimentos incrementando la asistencia que brindan a quienes están en grave riesgo.

La mayoría de los países ha respondido al alza de los precios de los alimentos y los combustibles con alguna combinación de mayor gasto público en los programas de redes de seguridad social existentes, ya sean subsidios, sistemas de transferencias condicionales o planes de distribución de alimentos. Otros respondieron tratando de mantener bajos los precios internos mediante la reducción de impuestos o las restricciones a las exportaciones. Estos programas resultaron relativamente costosos y aumentaron el gasto público entre un 2% y un 4% del PIB. Además, en muchos casos la incorrecta asignación de recursos da lugar a que buena parte de este gasto no beneficie a los más necesitados. Y, debido a la interferencia con los precios del mercado, a menudo estos programas impiden la aplicación de ajustes, hecho que reduce los incentivos para que los productores aumenten la oferta y los consumidores hagan economía. De esta manera, es posible que hayan exacerbado el aumento de los precios y extendido su duración.

De cara al futuro, los encargados de la formulación de políticas deben reestructurar su apoyo de manera que se oriente mejor a los más pobres. Esto ayudará a garantizar que cuando se produzca un nuevo repunte de los precios de los alimentos (o la energía), los programas de asistencia sean menos costosos y más eficaces para llegar a los más necesitados. De las opciones disponibles, las transferencias específicas de efectivo suelen tener más éxito porque presentan relativamente pocos requisitos administrativos y minimizan el desvío de los beneficios a grupos de la población menos necesitados. Desafortunadamente, estos programas pueden llegar a excluir a los pobres que no pueden o no quieren reunir las condiciones del programa, ya que está diseñado para disuadir de participar a quienes no sean los más necesitados. Los programas de ayuda en especie, como los comedores escolares y la distribución de alimentos fortificados para el destete de los niños pequeños, pueden ser eficaces, especialmente en países con limitaciones fiscales. Los subsidios —incluso

los específicos— tienden a ser mucho menos eficaces, ya que apenas una quinta parte del dinero invertido beneficia verdaderamente a los pobres. Los programas de obras públicas rara vez proporcionan suficiente cobertura para contribuir significativamente al bienestar de las familias pobres. Cualquiera sea la política adoptada, es crucial que el respaldo al ingreso que se ofrece para hacer frente a la crisis se presente como una ayuda temporal y que se prevean estrategias de eliminación gradual del beneficio para no crear una innecesaria carga fiscal a largo plazo.

La función de la política internacional

En última instancia, dada la magnitud de los costos, ni los gobiernos por sí solos ni los organismos internacionales están en condiciones de hacer frente, en forma total, a los costos del aumento de precios de los alimentos y los combustibles. No obstante, los programas específicos son mucho menos costosos. Para los países más pobres, es posible que éstos también estén fuera de su alcance desde el punto de vista fiscal; en estos casos, la comunidad internacional puede cumplir una función de ayuda.

Los pasos adoptados hasta el momento se concentraron en reasignar los fondos existentes a los más necesitados y a fortalecer la capacidad financiera y de infraestructura de los organismos de ayuda alimentaria de emergencia como el Programa Mundial de Alimentos (PMA). Algunos de los próximos pasos que podrían considerarse son proporcionar al PMA una fuente de financiamiento más estable y poner a su alcance una línea de créditos, de manera que pueda actuar rápidamente ante situaciones de alza inusual del precio de los alimentos.

Los encargados de la formulación de políticas también deberían evaluar las perspectivas de mejoramiento de la gestión coordinada de reservas de cereales, de modo de hacerlas llegar más fácilmente a quienes las necesitan. Algunas medidas podrían ser la construcción de instalaciones de almacenamiento en lugares estratégicos del mundo y la creación de un sistema de gestión que podría ser similar al que utiliza la AIE para el petróleo. Las naciones importadoras y exportadoras podrían analizar el uso de contratos de futuros en el contexto del

mercado como una alternativa a la acumulación de existencias y la restricción de las exportaciones. Estos contratos pueden reducir las incertidumbres de precio y cantidad al ofrecer una entrega garantizada de cantidades fijas de cereales a precios fijos. Incluso pueden redactarse de manera condicional, con la opción de comprar o vender según las condiciones del mercado.

Sin lugar a dudas, la reforma comercial también formará parte de la solución. Se requieren medidas para sancionar efectivamente a los países que apliquen las restricciones a la exportación como mecanismo de control de los precios internos. Esas restricciones no sólo interfieren en la respuesta de la oferta interna, sino que también tienden a exacerbar el alza de los precios y la escasez en el resto de la economía mundial. Si bien una finalización exitosa de la Ronda de Doha sobre las negociaciones relativas al comercio multilateral (de la Organización Mundial del Comercio) podría dar lugar a un alza de los precios a corto plazo, es muy probable que resultaría beneficiosa para los países en desarrollo ya que mejoraría la competitividad de sus sectores agrícolas y reduciría la dependencia de los alimentos importados.

Referencias

- AIE (Agencia Internacional de Energía). 2006. *Perspectivas sobre tecnología energética: Escenarios y estrategias hasta el año 2050*. París: OCDE/AIE.
- Banco Mundial. 2007. *Realidades antagónicas: Expansión agrícola, reducción de la pobreza y medio ambiente en los bosques tropicales*. Washington, D.C.: Banco Mundial.
- De Hoyos, R. y R. Lessem. 2008. "Food Shares in Consumption: New Evidence Using Engel Curves for Developing Countries". Banco Mundial, Washington, D.C.
- Grilli, Enzo R. y Maw Cheng Yang. 1988. "Primary Commodity Prices, Manufactured Good Prices, and the Terms of Trade of Developing Countries: What the Long Run Shows". *World Bank Economic Review* 2: 1-47.
- Kaufmann D., A. Kraay y M. Mastruzzi. 2007. *Governance Matters VI: Aggregate and Individual Governance Indicators for 1996-2006*. Documento de trabajo del Banco Mundial sobre investigaciones relativas a políticas n.º 4280. Washington, D.C.